

EL HOMBRE VOLADOR

El etnólogo consideró pensativo la pluma de Bhimray.

—Parecía no estar dispuesto a dejarla, dijo.

—Es sagrada para los jefes, respondió el subteniente, como la seda amarilla es sagrada para el emperador de China.

El etnólogo no respondió. Vacilaba; luego, entrando bruscamente en materia, preguntó:

—¿Qué es ese cuento que relatan a propósito de un hombre volador?

El subteniente se sonrió débilmente.

—¿Qué le han contado a Ud?

—Veo, dijo el etnólogo, que está Ud. al tanto de su fama.

El subteniente comenzó a liar un cigarro.

—Me gustaría volver a escuchar una vez más esa historia, dijo, para ver hasta donde ha llegado.

—Es estúpidamente infantil, replicó el etnólogo un tanto irritado. ¿Cómo les jugó Ud. esa broma?

El subteniente guardó silencio y siempre sonriendo se recostó en su sillón.

—He aquí que he dado una vuelta de quinientos kilómetros, para recoger los "folk-lore" que esas gentes han podido conservar, antes de ser completamente desmoralizados por los misioneros y los militares y no encuentro más que un montón de leyendas imposibles sobre un demonio de subtenientillo de infantería, de cabeza azafranada, que es invulnerable, que puede saltar sobre los elefantes, que puede volar! ¡Y mil patrañas más! Un respetable anciano describió las alas de Ud. diciéndome que eran de un plumaje negro pero no más grande que una mula. Pretendí que a menudo, al claro de luna, ha visto a Ud. revoloteando por sobre las colinas del país Shendon. ¡Que el diablo cargue con Ud!

El subteniente se echó a reír alegremente.

—Continúe Ud., dijo. Continúe Ud.....

El etnólogo continuó hasta quedar satisfecho.

—¡Hacer creer semejantes cosas a esos hijos de las montañas aún ingenuos! ¿Cómo pudo Ud. hacer eso?

—Mucho me anena, dijo el oficial, pero en verdad me vi obligado a ello. Puedo afirmarle a Ud. que la cosa urgía y que entonces no tuve la menor idea de cómo la imaginación de aquellas gentes había de tomar aquello. Ni la menor curiosidad tampoco.

Puedo solamente invocar que fue una indiscreción y no la malicia lo que me hizo reemplazar el "folk-lore" por una nueva leyenda. Pero como parece Ud. estar apesadumbrado, intentaré explicar el asunto.

—Era en la época de la antepenúltima expedición contra los Lou-Choc y Walters creía que esas gentes a quienes Ud. acababa de visitar, estaban animadas de sentimientos amistosos hacia nosotros y, por lo tanto, con una alegre confianza en mis capacidades para salir del apuro, me envió allí, a la cañada, a veinte kilómetros de aquí, con tres soldados europeos una docena de cipayos, dos mulas y su bendición, para que me diera cuenta de los sentimientos populares de la aldea que Ud. ha visitado. Una tropa fuerte de diez hombres, sin contar con las mulas, veinte kilómetros que andar y en tiempos de hostilidad! ¿No ha visto Ud. el camino?

—¿El camino?—dijo el etnólogo.

—Ahora está mejor que entonces. Nos fue preciso seguir el cauce del río, durante mil quinientos metros en el lugar en que el valle se estrecha. Era una rápida corriente que espumarajeaba al rededor de nuestras rodillas y corría sobre piedras más resbalosas que el hielo. Veía ahí donde dejé caer mi carabina. Más tarde, los zapadores cohetearon la roca con dinamita, para hacer la vía más cómoda por donde Ud. pasó. En aquel tiempo se seguía por la base de lo largo de las altas rocas cortadas a pico y era preciso rodear el río sin cesar, sin tener en cuenta que debía atravesarse una docena de veces, sobre una longitud de tres kilómetros.

Llegamos a la vista del lugar a la mañana siguiente, muy temprano. ¡Sabe Ud. dónde está! Sobre un contrafuerte a mitad del camino, entre las alturas, y como comen-

záramos a apreciar la engañosa tranquilidad de la aldea llena de sol, nos detuvimos para deliberar.

Entonces, a manera de bienvenida, nos arrojaron un pedazo de ídolo de cobre; el bloque descendió la cuesta de la derecha, pasó a una pulgada de mi hombro y abatió a la mula que llevaba las provisiones y los utensilios. Jamás, ni antes de aquello, ni después, escuché tamaña algazara. En ese momento distinguimos a un cierto número de caballeros, llevando fusiles de chispa, revestidos de algo como toallas a cuadros de colores y dando un rodeo a lo largo de un sendero entre la aldea y las alturas hacia el Este.

—¡Media vuelta, ordené, y en tiradores!

Con ese estímulo, mi expedición de diez hombres, dio media vuelta y comenzó a bajar de nuevo el valle con ágil paso. No nos entretuvimos en salvar la menor cosa de la carga de nuestro muerto; pero por un sentimiento de amistad, nos llevamos a la segunda mula, que llevaba mi tienda y otros chismes.

Así terminó la batalla, ¡sin gloria! Echando un vistazo hacia atrás, vi el valle todo sembrado de vencedores, que arrojaban gritos y nos disparaban tiros. Pero nadie fue tocado. Esas gentes no son de temer con sus fusiles; no saben dar más que en un blanco inmóvil. Necesitan ponerse en facha y apuntar durante horas y cuando tiran corriendo, es sólo para hacer ruido. Hooker, uno de mis soldados blancos, se creía buen tirador y se detuvo medio minuto para arriesgar matar a uno, pero volvió compungido. No soy un Xenofonte para urdir una larga historia sobre mi tropa en retirada. Durante los dos o tres kilómetros que siguieron, nos fue necesario por dos veces detener al enemigo, que nos apuraba demasiado y cambiar algunos balazos.

Pero en suma, el asunto fue bastante monótono—jadeaba uno solamente—hasta que hubimos de llegar al lugar en que las alturas descienden hacia el río y encierran el valle en un simple desfiladero. Allí, muy felizmente, distinguí una media docena de cabezas negras, que venían a cogernos desde lo alto de las rocas, por la izquierda—al Este, en realidad. A esa vista mandé hacer alto.

—Atención ahora.—¿qué vamos a hacer?, pregunte a Hooker y a los otros, señalando las cabezas negras.

—Quiero volverme negro, si es que no estamos copados, dijo uno de los hombres.

—Lo seremos, respondió otro. ¿Conoces las tretas de esos canallas, eh, Hooker?

—Van a tirar emboscados a cincuenta metros, declaró Hooker, en el lugar en que el río se estrecha. Continuar la bajada equivaldría a suicidarse.

Miré la altura de nuestra derecha. Caía casi a pico hasta abajo del valle, pero parecía poder ser escalada y todos los enemigos que hasta entonces habíamos visto, estaban del otro lado del agua.

—Eso es—¿dónde detenerse?, dijo uno de los cipayos.

Nos echamos a subir obligadamente la colina. Había una especie de vago sendero que subía atravesado y lo seguimos. Pronto algunos enemigos aparecieron a la vista hacia lo alto del valle y escuché algunos disparos. Distinguí entonces a uno de los cipayos que se había sentado a treinta metros más abajo. Se había sentado sin una palabra, aparentemente para no dar inquietudes. De nuevo mandé hacer alto. Dije a Hooker, que tratara de derribar algunos enemigos y me volví hacia el hombre a quien una bala había herido en la pierna. Lo tomé en mis brazos y lo llevé hasta la mula, sobre la cual lo instalé—la pobre bestia estaba ya suficientemente cargada con la tienda y los demás bultos, que no tuvimos tiempo de descargar. Cuando hube alcanzado el resto de la tropa, Hooker tenía en la mano su carabina vacía e indicaba riendo, hacia lo alto del valle, una mancha negra, inmóvil. Todos los demás enemigos se habían disimulado detrás de las rocas o habían huído más allá de la curva.

—A quinientos metros, dijo Hooker, y apuesto a que le he pegado en la cabeza.

Lo estimulé para que repitiera tan buen golpe y volvimos y ponernos en camino.